

NUESTRA UNIVERSIDAD HOY

Uno de los problemas más arduos que afronta la Universidad peruana es la falta de formación de los estudiantes que llegan a ella y al mismo tiempo el casi ningún interés por subsanar esa falla.

No echaremos la culpa de esa falta de formación a ninguna institución en particular, pero sí se debe señalar que todas (familia, escuela primaria, colegio secundario, ambiente utilitarista y edonista de la sociedad moderna) contribuyen en mayor o menor escala y el hecho es que el joven llega a las aulas universitarias carente de formación intelectual y desadaptado por lo general para hacer frente a una profunda crisis en el orden moral.

A esto se añade una gran dosis de irresponsabilidad, debido también proporcionalmente a cada una de las instituciones enumeradas más arriba y al desinterés que por diversas razones existe en nuestra patria por las cosas públicas.

Frente a este complejo problema que se le presenta a todos y cada uno de los postulantes que ingresan a nuestras aulas, la Universidad muchas veces carece de los medios necesarios o convenientes para resolverlos por causa de su precaria situación financiera o tal vez, y esto es el motivo principal, por falta de maestros que puedan dedicar todo su tiempo a la educación del alumno. Es usual en nuestro medio dedicar el recorte del tiempo, en que menos nos preocupan nuestras actividades profesionales, a la docencia superior y casi como un favor que se le concede a la institución universitaria para ayudarla a salir de los graves aprietos en que se encuentra. La docencia universitaria se reduce a una mera instrucción, más o menos buena, pero no educa al estudiante.

En diversas oportunidades, y algunas repetidas con frecuencia, el deseo y el esfuerzo por interesar a los alumnos en algo más que el título profesional, después de reducirse a estudiar los pobres apuntes de clase o las mimeografiadas copias decadentes, se estrella contra la despreocupación absoluta del alumnado.

El estudiante sólo pretende aprobar los cursos, con nota más o menos alta, según el pundonor de cada uno; muchas veces plagiando descaradamente en los exámenes escritos o estudiando todo el curso en la noche anterior al examen. No tiene interés por los valores culturales, no lee más allá de lo necesario para repetir la enseñanza del profesor, y cuando se le pide algún esfuerzo, sea bajo la forma de monografías o de interpreta-

ción personal de textos, recurre por norma usual a la enciclopedia "Española" para copiar más o menos literalmente, o se rebela porque el profesor le solicita que piense alguna vez y no sea un simple repetidor, tachando al catedrático de dictar en forma incomprensible (no se quiere entenderlo por pereza de pensar) o de enseñar algo que no es inmediatamente útil para ganar dinero.

Soy el primero en reconocer las deficiencias de la Universidad peruana y deseo y trabajo con ahinco para resolver los complejos asuntos que impiden su desenvolvimiento, más, al tratar con estudiantes, quiero hacerles ver la realidad concreta que ellos tienen: es muy fácil y podríamos decir instintivo en la naturaleza humana el divisar la culpa de todo en los demás y no en uno mismo. Ya N. S. Jesucristo nos recuerda lo de la "paja en el ojo ajeno y la viga en el propio" y en todas las manifestaciones de la vida estudiantil las flechas se han dirigido siempre contra las autoridades o los profesores pretendiendo que no cumplen su misión, quizás en determinadas circunstancias con plena razón, pero nunca los estudiantes han pensado resolver los asuntos que a ellos les atañe directamente. Cosa parecida ha sucedido en el campo social: se establecieron universidades populares o se atiende a barriadas miserables, como Mirones, La Legua, San Cosme, mas no se piensa en establecer la asistencia social entre los mismos estudiantes, que muchos de ellos pasan por penurias tremendas, ni se trata de elevar el nivel cultural universitario.

En el caso concreto de nuestra realidad universitaria, el estudiante debe ponerse en el terreno que pisa actualmente o sea: debe aceptar la Universidad tal como está en el año de 1956, con todas sus ventajas, pero al mismo tiempo con sus deficiencias. Directamente incumbe la solución de estas a las autoridades universitarias: a los estudiantes les corresponde formarse con la ayuda de la Universidad, puede ser a pesar de ella o de determinados profesores.

A un país culturalmente joven como el nuestro no se le puede pedir la experiencia y la preparación universitaria europea: en cambio si es obligación nuestra prepararnos en la medida de nuestras fuerzas y no dejarnos arrastrar por la corriente de indolencia y utilitarismo de nuestro medio.

En el caso concreto que determinado profesor no responda a las expectativas del estudiantado (muchas veces no se encuentra otro que lo reemplace), el universitario debe buscar la manera de suplir esa falla mediante sus lecturas propias de textos adecuados sobre la materia.

En general en todas las materias no ceñirse únicamente a lo escuchado en las clases o a la lectura de copias y apuntes, sino ampliar los conocimientos con la lectura, estudio y meditación de libros, ya sea de texto o monográficos.

En la elaboración de trabajos escritos y monografías, realizar un esfuerzo para llegar a las fuentes y meditarlas investigando los puntos por desarrollar y consultando lo que se haya escrito acerca del punto que se trata, sintetizando las opiniones, mas no reduciéndose a simple labor mecánica de copiar más o menos literalmente.

Al comentar los textos no lanzarse a buscar lo que otros escribieron, sino analizar detenidamente lo que el autor ha querido decir, y tratar de asimilar su esneñanza, para luego dar una interpretación propia. Todo esto exige tiempo y trabajo a conciencia; ciertamente no puede obtenerse en forma violenta y menos para salir del paso. Quien atraviesa por la Universidad con el fin de obtener de cualquier manera, un título profesional no comprenderá esa forma de estudio, pero también es menester indicarle que está demás en nuestros claustros.

Alguno insinuará que para todo esto se necesitan bibliotecas dotadas, apacibles salas de lectura y algún maestro que oriente: indudablemente sería el ideal, mas renunciando a un poco de confort material y poniéndose a disposición de aquellos profesores (siempre se encuentran dos o tres en cada Facultad), que están realmente dedicados a transmitir la cultura, se puede comenzar a trabajar, y si uno tiene constancia, llegará efectivamente a formarse.

Respecto a la falta de responsabilidad, es indispensable reaccionar contra el medio criollo que tiende a obtener todas las cosas por la vía más fácil, que se traduce en la recomendación y la vulgar y detestable "vara". Para ello debe uno confiar en sus propios esfuerzos y méritos, que llega a constituir una personalidad determinada. Además, cuando uno se compromete a algo, debe cumplirlo en la mejor forma y no esperar que otro lo haga.

Dá lástima oír a muchos estudiantes reprochar ciertas fallas que encuentran en la Universidad, y luego, cuando se les encomienda alguna misión concreta, aún la más sencilla, son incapaces de responder y muchísimas iniciativas se pierden. Los ejemplos podrian multiplicarse recordando todas las veces que autoridades o maestros han buscado la colaboración estudiantil y sus tentativas han caido en el vacío o en el compromiso verbal sin intención seria de obligarse o con el pensamiento inocente que algún otro trabaje por uno; y lo que es más serio, cuántas organizaciones estudiantiles no se desarrollan porque sus dirigentes se dedican a escribir minuciosamente, hasta el último detalle, un reglamento que no regirá porque nadie se preocupó ni se hizo cargo de la marcha de la institución. Luego es frecuente el reproche de que una sola persona absorbe todo (no trato de disculpar a los temperamentos absolutistas), pero también es usual que sólo uno tenga que asumir diversas funciones por la falta de sentido de responsabilidad: existen casos que podría achacarse a adolescentes de cator-

ce años y que son debidos a la inconstancia e irresponsabilidad de maduros universitarios.

No es posible trabajar siempre bajo la necesidad de urgir aún los menores detalles, porque se agotan las energías y surge un desencanto que impedirá lanzar nuevas iniciativas, pues se presiente que están condenadas al fracaso, después de un brillante y pomposo nacimiento con discursos, elogios, planes de renovación universal, reglamentos y dos números de una nueva revista, con lo que terminan muchas de nuestras obras.

En el orden moral, reiteramos la vieja frase de Claudel "la juventud no está destinada al placer sino al heroísmo", y es urgente que se reaccione contra las falsas doctrinas utilitaristas y hedonistas que bullen a nuestro alrededor, ni nos desanimemos por viciosos ejemplos de nuestros días, teniendo presente el deber que tenemos frente a los demás hombres, dada nuestra condición de futuros dirigentes de la sociedad, y la admonición evangélica que "a quien más se le dará, más se le exigirá".

José Dammert Bellido